

# El Meridiano de Córdoba

CULTURAL

Domingo, 29 de marzo de 2009

## Semana Santa en el Sinú: Memoria de la sangre

Por David Sánchez Juliao [www.davidsanchezjuliao.com](http://www.davidsanchezjuliao.com)

Eustorgio Chimá habla al micrófono de la grabadora desde su figura de ídolo indígena. Eustorgio tiene un color de palma seca y casi ninguna expresión en su rostro de arcilla. Tras esa máscara, como de corazón de guayacán tallado a navajazos, esconde con celo hilazas de historia, pabilos de aconteceres, cabos sueltos de razones. Por entre sus párpados de alcancía se asoma al mundo una mirada de dolor, de redomada pesadumbre. Su cabello de aguacero le da unas veces un aire de puercoespín; otras, de zaíno. Eustorgio Chimá es un ser terrestre, raizal como la yuca y atávico como el caimán. Habla:



"Mi nombre es Eustorgio. Mi apellido es Chimá, mismo como se llama el pueblo donde nací a orillas de la Ciénaga Grande del Bajo Sinú. Mi padre, de nombre Joaquín, era agricultor de aquí como la escalera de padres e hijos que se remonta hasta el tiempo en que los hombres no eran de carne sino de maíz. Eso decía mi abuelo. Mi madre viene de otra escalera parecida pero nombrada Humanez, otro apellido. Se cruzaron y me dieron a mí y a cuatro más. Somos cinco hijos. Siempre fuimos pobres, pero sólo a mí se me dio por ir a buscar ventura en otras tierras. Llevo veinte años viviendo lejos. Me he rebuscado la vida en La Guajira como trabajador de mina, en el Cesar como recogedor de algodón, en Venezuela como ordeñador de finca y en Barranquilla como chofer. Ahora, cuando vengo en Semana Santa, me respetan más en Chimá... porque sé manejar. Antes, cuando venía por este tiempo, me trataban diferente. Ya ve: no sólo las muchachas sino el mundo, tienen corazón de gasolina. Recuerdo, antes, cuando venía de otros oficios, mi padre le decía a los amigos en la parrandita del Viernes Santo: Éste es mi hijo Eustorgio que trabaja en La Guajira , o en Valledupar o en Venezuela. Ahora dice, como pavo real recién comido: Éste es mi hijo Eustorgio que es chofer en Barranquilla. Pero no es sólo eso lo que me hace venir. Siempre vengo a Chimá en Semana Santa".



—¿Por qué?

"Simple: todo el mundo viene de todas partes a Chimá en Semana Santa. Es el tiempo en que las familias se reúnen para encontrarse con ellas

mismas, pero también con lo que tiene que ver con la tierra que a uno lo alumbró y en donde uno se levantó. Hay guisos y platos y jaleas y conservas que se inventaron para comerse con la familia en Semana Santa. Por ejemplo, la hicotea. Usted ha oído hablar de la hicotea, ¿verdad? Es una tortuga de tierra y agua dulce que la gente aquí detecta con un chuzo entre el fango de la ciénaga casi seca cuando el río por estos fines de verano lleva el agua apenas por la cintura del lecho.

"La hicotea se mata en agua hirviendo y la carne que se saca de su caparazón se come guisada en zumo de coco. Toda la escalera de mis antepasados ha creído que ahora, hacia fines del verano y antes de las lluvias, hay que comer la hicotea como aseguranza para las buenas lluvias; que vienen desde abril. Es una comunión, como la de la iglesia, pero esta es más sabrosa, ¿se imagina usted las hostias que dan los curas guisadas en zumo de coco? Prefiero la hicotea. O la iguana, que también comemos de la misma manera por estos días, y con el mismo propósito de aseguranza. Claro que la iguana nos da también los huevos; esos que usted ve en las ventas de la carretera como colgando en ristras como camándulas con cuentas de oro. Me da risa cada vez que hablo de los huevos de iguana porque me acuerdo de Mamá Goyita, mi bisabuela, que rezaba la novena de la Virgen de la Candelaria con un rosario de huevos de iguana. A Papá le parecía gracioso ver a la vieja saboreando Los Dolorosos como si estuviera en Los Gozosos. Me da risa, ¿a usted no?

"De niño por esta época me subía con mis hermanos a los guácimos de los potreros a coger iguanas con un palo de escoba que tenía una vuelta de alambre en la punta. Mamá Goyita era la más experimentada en abrir a los pobres animales con la champeta de la cocina, en sacarle los huevos y en coserlas después con hilo grueso y la lezna de mi tío Pedro, el zapatero. Las soltaba derrengadas y adoloridas, y las pobres iguanas salían arrastrándose a buscar el monte. Todo ello por aquello de la comunión y la aseguranza. Mi tío Pedro, el zapatero, decía que no nos preocupáramos, que más había sufrido Cristo en la cruz el Viernes Santo, también por asuntos de aseguranza y de comunión. "Y hay mil cosas más que se comen por estos días: el mote de ñame y queso costeño, el bagre salado, conservitas y jaleas. Entre estas, la que más me gusta, es una que aquí llaman calandraca y en el Alto Sinú mongo-mongo. Está hecha de todas las frutas que da esta tierra, en un revoltillo de amargas y dulces. Lleva piña, mamey, mango, zapote, caimito..."

—¿Por qué esa jalea, calandraca o mongo-mongo, no se prepara en otra época del año, por qué sólo en Semana Santa?

"Porque... ¿de qué se va uno a asegurar en otra época del año, para qué va a comulgar, pongamos por caso, en septiembre? Uno se asegura hacia fines de marzo o principios de abril; es decir, cuando ya el verano empieza a irse y se esperan las primeras aguas, y cuando el río baja y las ciénagas comienzan a secarse. Fíjese que Dios es sabio: Él mismo da por estos días los animales y los frutos para la



aseguranza y la comunión: por estos días las iguanas están preñadas, hay frutas de verano y de invierno para el mongo-mongo y hay fango en las ciénagas casi secas para el chuceo de las hicoteas. Volvamos a poner el caso de septiembre: en ese mes jamás verá usted a los hombres de por aquí jugando al chondo. Es un juego que se practica en el patio de las casas y en el que se intenta meter semillas o nueces en un hueco hecho en la tierra. En realidad no es un juego sino un entrenamiento para las labores de la siembra cercana. Los hombres afinan el pulso para el trabajo, haciéndose los que juegan. Nadie lo va a jugar en septiembre cuando las

plantas ya están crecidas, sino por estos días. El chondo es parte de todas las cosas que tienen que ver con la Semana Santa. Además, en septiembre no hay hicoteas y el río baja con el agua hasta donde se abotona el policía: Hasta aquí, hasta el pescuezo. Y está uno muy ocupado trabajando en las cosechas.

"Por estos días uno puede reunirse, viajar y tiene tiempo para cocinar y comulgar con tranquilidad. La gente de fuera no entiende eso. Fíjese que uno aquí quema los rastrojos en marzo para el abono de la tierra, limpia y zocolea las parcelas, ¿y qué hace después? Sentarse a esperar que llueva para sembrar. Esa espera es parte del trabajo, ¿o no? Porque si no llueve no se puede sembrar. Entonces... vienen los de fuera y lo ven a uno acostado en la hamaca esperando las lluvias para sembrar y salen a decir que uno aquí es flojo. No es así; esa tirada en la hamaca, esa espera, es trabajo... si se piensan bien las cosas. Bueno: la Semana Santa siempre, venga en marzo o venga en abril, llega preciso en esos días de la espera en los que hay tiempo para todo lo que tiene que ver con la seguridad y la comunión.

—Ajá.

"Sí. Por eso es que nosotros, los que somos de aquí y vivimos fuera, nunca venimos a ver a nuestras familias en Navidad. Por diciembre la gente aquí está muy ocupada trabajando duro en las cosechas. Para nosotros la Navidad es esta: no la Semana Santa sino los días de Semana Santa. De ahí que como decía Mamá Goyita, mi bisabuela, uno puede celebrar la Semana Santa como Dios manda sin siquiera pisar la iglesia. La Semana Santa de curas e iglesias es otra cosa diferente; no tiene nada que ver con la Semana Santa de verdad... Es más, mire: cuando nosotros viajamos para la verdadera Navidad, esta, la de Semana Santa, no traemos regalos de almacenes (de esos que les cuentan tanto a la otra gente) sino una platica para colaborar con las comilonas de esos días. Las comilonas de la seguridad..."

Los ojos de alcancía de Eustorgio Chimá brillan como cocuyos, con una claridad similar a la de su cabeza, iluminada por dentro con los destellos de unas razones históricas que intuye con asombrosa certeza. Más que recuerdos de cosas aprendidas en la escuelita de Chimá, su pueblo, habla en él la memoria de la sangre. Tiene claro, pero escondido en el entendimiento, que su tiempo es otro tiempo: el tiempo anterior a la Conquista de los suyos por extraños seres de rostros pálidos llegados a caballo con sobrepel de metal y armas capaces de fabricar el trueno. Ese tiempo del invasor se sobrepuso a su tiempo. Y así, los primeros Chimá de esa escalera de la que él habla, vieron cómo el tiempo de la Semana Santa cristiana se sobreponía a su tiempo de seguridad y comunión. Hoy, en él y los suyos, esos dos tiempos — el Zenú y el español — conviven sin ofuscarse; pero pese a la desmemoria a que ha sido condenado, Eustorgio Chimá es capaz, como nadie del otro bando, no de rasgar el tejido de esa colcha de retazos sino de descoserlo gentilmente con el corazón y la palabra.

"Así es, mi querido amigo: no hay parentela de la gente de Chimá que esté en Venezuela o en cualquier otro lugar de Colombia, que no haya venido para esta Semana Santa. Y le digo: comulgo y me voy. Pero el año entrante, le seguro, me tiene aquí sentado por las mismas fechas. Y si con la situación política tan complicada que tenemos, al sindicato de choferes se le da por hacer paro, pues... que lo dejemos para después de Semana Santa. Y ahora sí, apague ese aparato de grabar pues Mamá Goyita nos está haciendo señas de que pasemos a la mesa. La hicotea en zumo de coco está que nos llama".

Off : click